



e-I@tina. Revista electrónica de estudios
latinoamericanos
ISSN: 1666-9606
revista.elatina@gmail.com
Universidad de Buenos Aires
Argentina

e-I@tina, veinte años latinoamericanos. Una remembranza y algunas reflexiones de un viejo

Ansaldi, Waldo

e-I@tina, veinte años latinoamericanos. Una remembranza y algunas reflexiones de un viejo

e-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 21, núm. 82, 2023

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=496473258006>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

Artículos

e-l@tina, veinte años latinoamericanos. Una remembranza y algunas reflexiones de un viejo

Waldo Ansaldi waldoansaldi@gmail.com
Universidad de Buenos Aires, Argentina

e-l@tina, veinte años latinoamericanos. Una remembranza y algunas reflexiones de un viejo

Algunas remembranzas

e-l@tina. Revista electrónica de estudios
latinoamericanos, vol. 21, núm. 82, 2023

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Recepción: 05 Septiembre 2022
Aprobación: 07 Octubre 2022

Redalyc: [https://www.redalyc.org/
articulo.oa?id=496473258006](https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=496473258006)

No sé si e-l@tina (en tipografía Black Chancery, que fue la original) fue la primera revista argentina de ciencias sociales electrónica. Sí fue la primera de la Facultad de Ciencias Sociales, seguida enseguida por Argumentos, del Instituto de Investigaciones Gino Germani y muy poco después por Laboratorio (Revista de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social), editada por el Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social con sede en el Germani. En todo caso, la Facultad se colocaba a la vanguardia de las por entonces primeras experiencias de publicaciones digitales.

e-l@tina fue parte de las actividades de la Unidad de Docencia e Investigaciones Sociohistóricas de América Latina (UDISHAL), un espacio de articulación entre actividades de enseñanza y actividades de investigación, generación de conocimiento científico y de material de difusión sobre las sociedades latinoamericanas, espacio en el cual los resultados de éstas proveen de "materia" a aquéllas, al tiempo que el desarrollo de contenidos a través del ejercicio docente estimula la búsqueda de nuevos conocimientos mediante la investigación. El objetivo principal de la Unidad fue la formación de latinoamericanistas, estando el conjunto de actividades a mi cargo. Institucionalmente, fue una estructura informal que funcionó dentro de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires hasta mi jubilación en 2012.

La UDISHAL estaba constituida por cinco núcleos: 1) el Equipo Docente de Historia Social Latinoamericana (EDHISLA), 2) el Seminario Permanente de Estudios de América Latina (SEPEAL), 3), el Taller de Investigación de Sociología Histórica de América Latina (TISHAL). 4) el Área de Informática Aplicada a las Ciencias Sociales y 5), el Área de Difusión.

El EDHISLA tenía a su cargo el desarrollo de la asignatura Historia Social Latinoamericana (HISLA), materia obligatoria del plan de estudios

de la Carrera de Sociología, y América Latina: Política y Sociedad, 1960-1995, optativa, del plan de estudios de la Carrera de Sociología.

El SEPEAL fue el ámbito de formación de recursos docentes y de capacitación continua de los docentes miembros del EDHISLA, abierto a la participación de estudiantes y graduados (de Sociología e Historia, y extendido a los de Antropología y Ciencia Política) interesados en el estudio de las sociedades latinoamericanas.

El TISHAL tenía como objetivos, entre otros, la formación teórico-práctica en sociología histórica, el entrenamiento en investigación y la generación de nuevos conocimientos, como parte esencial de la articulación entre actividades de docencia y de investigación a la que se ha hecho referencia. El Taller se dividía en Laboratorios de Análisis, conforme los temas objeto de investigación, por ejemplo, Estructuras Agrarias, Mecanismos de Dominación Política, Imaginarios Sociales, Sistema Político y Sistema de Partidos.

El Área de Informática Aplicada a las Ciencias Sociales fue un campo de investigación y experimentación sobre las posibilidades y las posibles aplicaciones de la informática a los procesos de investigación y enseñanza en ciencias sociales, incluyendo la producción de textos en soporte electrónico (disquetes, discos compactos, DVD, página web).

El Área de Difusión, en conexión con la anterior, reprodujo textos indispensables para el desarrollo de las actividades académicas en el interior de la Unidad. Se trataba de artículos de revistas o capítulos de libros no disponibles o de difícil acceso en el mercado y/o las bibliotecas locales, como también de trabajos de los docentes y de estudiantes aventajados de la Unidad. En 1994 produjo micro programas radiales sobre la actualidad latinoamericana. Desde 1993 hasta 2012 editó textos electrónicos.

La UDISHAL tenía como símbolo distintivo una de las esculturas erigidas en el Memorial da América Latina, en São Paulo, Brasil, diseñada por Oscar Niemeyer. Ella es una mano de concreto armado, de siete metros de altura, con los dedos abiertos, en un gesto de desesperación. En la palma, un mapa esquematizado de América Latina, de color rojo, representa la sangre y los sufrimientos de la región y, según el propio Niemeyer, los “negros tiempos que el Memorial registra con su mensaje de esperanza y solidaridad”.

e-l@tina tuvo desde el primer número esa escultura como su símbolo, el cual aparecía con el formato de un sello postal.

Fuimos pioneros en la aplicación de la informática al proceso de aprendizaje e investigación. Para la elaboración del material informatizado contamos desde el inicio con la eficaz colaboración del Centro de Informática Aplicada (CINAP), que funcionaba en la cárcel de Caseros como parte del programa de la UBA de enseñanza en centros de detención. El circuito se cerraba con la participación del Centro de Estudiantes de Ciencias Sociales (CECSO), el espacio físico e institucional encargado del acceso del material a quienes tenían interés en él.[1]

En buena medida, e-l@tina fue la deriva lógica del trabajo en y desde las dos Áreas antes citadas. El título, original, novedoso, fue una genial propuesta de Verónica Giordano.

El primer número apareció un año después de la crisis del verano 2001-2002 que sacudió a la sociedad argentina -cuyas secuelas aún persistían- y se hizo eco de la misma a través de un artículo de mi autoría, "Los naufragos no eligen puerto. Análisis de la situación argentina, 2000-2002".

En la Presentación planteamos nuestro punto de partida y objetivos. Decíamos entonces:

Si no recordamos más, fue Jorge Luis Borges quien escribió que la única manera de escribir una revista es que unos jóvenes amen u odien algo con pasión. Quienes nos propusimos hacer e-l@tina somos un grupo de jóvenes que amamos con pasión a América Latina y al estudio de sus sociedades. Quienes nos conocen pueden decir que abusamos de la expresión jóvenes, al menos para algunos de los que integramos el colectivo editor. Ello es cierto si nos atenemos a lo estrictamente biológico, mas no lo es si pensamos en términos de mentalidad. Somos, pues, jóvenes de mente (o, tal vez, dementes). Es nuestra intención -aprovechando el infinito potencial de Internet- multiplicar el mejor conocimiento de las sociedades latinoamericanas, apelando a las diferentes perspectivas de las ciencias sociales, especialmente a los enfoques transdisciplinarios y a las hibridación de disciplinas. América Latina es utopía. La amenaza de una guerra nuclear incrementa sus bondades: agua, tierra, paz. América Latina es caos. También utopías. Sigue siendo el continente de la eterna esperanza. La dependencia cristaliza sus debilidades: corrupción, exclusión. Todo ello implica fuertes desafíos para pensarla con nuevos enfoques, métodos, conceptos, teorías, hipótesis. e-l@tina habla con el lenguaje que el mundo global propone: el e-lectrónico. Por eso se pronuncia i-latina. Sin embargo, también se puede leer e-latina. De este modo se castellaniza para los oídos y adquiere cierto tinte pintoresco, dado que la e latina, como letra, no existe en el alfabeto: ¡es nueva! e-l@tina habla de una realidad que es propia: América Latina. Lo universal y lo particular se combinan en el origen mismo de este proyecto que busca difundir una manera de ver. Ni la historia tal-como-sucedió, ni el efímero día a día por sí mismos pueden explicar nuestro pasado, presente y futuro. e-l@tina abre sus páginas para plantear preguntas libres, de La Gran Teoría y de la encrucijada del hecho inmediato. e-l@tina es la revista de la UDISHAL, la Unidad de Docencia e Investigaciones Sociohistóricas de América Latina, un espacio de reflexión, enseñanza y producción de conocimiento que funciona en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la maltrecha Argentina de comienzos del siglo XXI. Precisamente, porque quienes la hacemos vivimos en tan dura geografía y en tan complicada coyuntura histórica, nuestro desafío de buscar y pensar América Latina es mayor. Como mayor es nuestro compromiso. La revista nace en la UDISHAL y desde ella se abre a todos los latinoamericanistas interesados en ofrecer a la comunidad virtual sus propias proposiciones. Este primer número tiene un carácter experimental, que se prolongará en los inmediatamente próximos. Nos daremos un año para definir tanto el carácter, el contenido y el diseño, cuanto el mejor formato electrónico para su divulgación. En el límite, si nuestro mensaje a la comunidad latinoamericanista virtual es recogido y devuelto, el@tina será de todos quienes nos embarquemos en este proyecto: los colaboradores, el consejo asesor y el colectivo editor. Estamos buscando América Latina y tenemos la certeza de hallarla. Colectivo Editor - Buenos Aires, primavera meridional de 2002.

Veinte años pueden ser pocos o muchos, depende de la historicidad. Si se comparan los veinte nuestros con los ochenta y uno de la Revista Mexicana de Sociología, son pocos. Si se los compara atendiendo

a la historia de la sociedad argentina -política e institucionalmente, turbulenta, discontinua, en franco contraste con la mexicana-, no son tan pocos. Es cierto que es superada -para citar sólo algunas- por las precedentes Anuario IESH (1986, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires), Estudios Sociales (1991, Universidad Nacional del Litoral), Estudios (1993, Universidad Nacional de Córdoba), Temas y Debates (1997, Universidad Nacional de Rosario), todas originariamente en formato papel y no casualmente universitarias. No es extraño que la continuidad de ellas sea pareja con la continuidad de la institucionalidad política iniciada con la democratización de 1983. Antes, hasta donde sé, la más longeva había sido la Revista Argentina de Ciencia Política, creada por Rodolfo Rivarola en 1910 y persistente hasta 1928, en el contexto de la primera transición a la democracia, trunca en 1930 por el golpe militar de ese año.

e-l@tina fue pensada como un espacio colectivo, de allí que no tenía un director o directora formal, sino un Colectivo Editor (Waldo Ansaldi, Mara Burkart, Verónica Giordano, Mario Petrone, Lorena Soler). Su inserción institucional inicial fue el Área de Sociología Histórica del Instituto de Investigaciones Gino Germani, para posteriormente pasar al novel Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), donde aún se encuentra, como parte del Grupos de Estudios de Sociología de América Latina (GESHAL), que creamos tras jubilarme y constatar que la sucesión en Historia Social Latinoamericana no continuó con la UDISHAL.

Desde el número 2 comenzó a acompañarnos solidariamente un pluridisciplinario Consejo Asesor Internacional, cuyos componentes iniciales fueron: Joan del Alcàzar i Garrido (Universitat de València), Fernando Calderón (PNUD), Germán Carrera Damas (Universidad Central de Venezuela), Julio Cotler (Instituto de Estudios Peruanos), Enzo Faletto (Universidad de Chile), Virginia Fontes (Universidade Federal Fluminense), Miquel Izard (Universitat de Barcelona), Guillermo O'Donnell (University of Notre Dame), Alberto J. Pla (Universidad Nacional de Rosario), Maria Lígia Prado (Universidade de São Paulo), Domingo Rivarola (Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos), Ángel Rivera Quintero (Universidad de Puerto Rico), Lucía Sala de Touron (Universidad de la República), Edelberto Torres Rivas (PNUD y FLACSO Guatemala), Hélgio Trindade (Universidade de Rio Grande do Sul) y Juan Carlos Volnovich (a título personal).

Desde el inicio la revista tuvo carácter estacional, esto es, cuatro números por año, de donde la variación del color del título: rojo en verano, naranja en otoño, azul en invierno, verde en primavera, y desde el número 6 (enero-marzo 2004) en cada tapa se reproducía un cuadro de artistas latinoamericanos.

Inicialmente la revista circulaba vía suscripción. Fue una experiencia muy interesante. El primer número se hizo llegar vía correo electrónico a contactos personales, con solicitud de suscribirse (gratuitamente, obviamente) y hacer llegar la revista a sus contactos con igual pedido. El resultado superó todas las expectativas. En poco tiempo el número de

suscripciones, provenientes de diferentes lugares del mundo, fue de varios centenares. Si inicialmente buena parte de quienes se suscribieron eran personas conocidas, no tardaron en ser mayoría los nombres de quienes no lo eran y de cuya existencia no teníamos noticia.

Muchas de las personas que se suscribieron nos escribían no sólo para felicitarnos y alentarnos, pedirnos números previos a los del momento de la suscripción u otros motivos. Recuerdo especialmente un suscriptor que al cabo del segundo o tercer año nos escribió contándonos que al recibir cada número lo imprimía y cuando el cuarto completaba el año, los hacía encuadernar.

Naturalmente, la revista no tardó en estar disponible en Internet. Asimismo, comenzamos la tarea de indexación, la que paulatinamente nos llevó desde la inclusión en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas hasta la actual inclusión en ERIH PLUS (European Reference Index for the Humanities and Social Sciences), amén de (REDALYC (Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe), en DOAJ (Directory of Open Access Journals); en la Matriz de Información para el Análisis de Revistas (MIAR) en LATINOAMERICA. Asociación de revistas académicas de Humanidades y Ciencias Sociales: en catálogo y directorio de Latindex; en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO; en la plataforma REDIB; en la Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades (FLACSO).

En marzo de 2008, *e-@latina*. Revista electrónica de estudios latinoamericanos fue galardonada con uno de los Premios otorgados por el Fondo de Apoyo a las Revistas de Ciencias Sociales "Juan Carlos Portantiero" del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, conforme el dictamen del concurso, elaborado por los integrantes del jurado internacional convocado por CLACSO: Ivonne Farah, (Bolivia), Luciano Concheiro (México) y Alejandro Grimson (Argentina). A raíz del mismo, recibimos, por parte del entonces Secretario Ejecutivo de CLACSO, Emir Sader, las felicitaciones "por la excelente propuesta presentada, la cual se ha hecho merecida con toda justicia de la [mencionada] distinción".

En el número 41 (octubre-diciembre 2012), al llegar a los diez años de la creación de la revista y en consonancia con mi jubilación, dejé mi responsabilidad en la tareas de edición. Por entonces, la no continuidad de la UDISHAL por parte de quien se hizo cargo de sucederme en la cátedra de Historia Social Latinoamericana nos llevó a crear el Grupo de Estudios Sociohistóricos de América Latina (GESHAL), con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), donde permanece.

En esos veinte pocos-no pocos años, personalmente, he transitado el mundo de las revistas académicas en funciones varias -editor, árbitro, consejero, autor-, experiencia que me ha dejado algunos aprendizajes a los que espero poder referirme en un futuro más o menos próximo, en particular los que me han llevado a una postura de franca oposición a las lógicas empresariales aplicadas al mundo académico a lo largo de estas décadas, tan fuertemente establecidas y aceptadas, aunque, felizmente, comienzan a hacerse notar las discrepancias. Me refiero,

claro, a los mecanismos de evaluación y acreditación de los cursos de posgrado (especializaciones, maestrías, doctorados), indexación de revistas y sistemas de arbitraje, referato o evaluación por pares, como se los quiera llamar, de artículos científicos.

Veinte años latinoamericanos: un borrador de análisis de un viejo

Cuando apareció nuestro primer número, el país sede de la revista estaba todavía sintiendo los efectos de la crisis del verano 2001-2002, y de ella se ocupaba un artículo de mi autoría: “Los naufragos no eligen puerto. Análisis de la situación argentina, 2000-2002”. Un segundo artículo, de Lorena Soler, también se ocupaba de un proceso en buena medida aún en curso en ese momento: “La transición perenne. Partidos políticos y coyuntura electoral en Paraguay (1989-2000).” Un tercer artículo, de una querida colega brasileña, Maria Ligia Prado, completaba el núcleo duro del número (que tenía, además, otras secciones, algunas de ellas informativas de congresos y publicaciones, las que se mantuvieron al menos durante la primera década); en su caso, el análisis se ocupó de los “Sonhos e desilusões nas independências latino-americanas”. Dicho sea de paso, ese primer número daba cuenta de un objetivo de la revista: la reflexión sobre América Latina de los siglos XXI y XX, en primer lugar, del XIX, subsidiariamente.

En estos pocos-no pocos años, América Latina ha atravesado un tiempo de cambiantes mareas, para decirlo apelando a una metáfora marítima. En ese sentido, puede postularse que en la vida política de las sociedades contemporáneas se asiste a movimientos periódicos que dan cuenta de orientaciones, definiciones y procesos alternativos. Metafóricamente, entonces, es posible plantear la existencia de, al menos, cuatro grandes tipos de mareas: marea roja (la de los movimientos anticapitalistas, llámense anarquistas, comunistas, socialistas), actualmente en reflujo; marea rosa o rosada (con matices, que van del rosa fuerte al rosa lavado, y corresponden a posturas reformistas con mantenimiento del capitalismo, al estilo de la socialdemocracia histórica (no la de estas décadas), hoy reemplazada por los llamados gobiernos populares, progresistas, nacional-populares, populismo de izquierda, “nueva izquierda”, entre otras denominaciones, ninguna de las cuales es definida con precisión, siendo otro indicador del deterioro del pensamiento crítico que caracterizó a las ciencias sociales latinoamericanas de las décadas de 1950 a 1980 inclusive); marea gris (con distintas tonalidades, según sean fuerzas de centro, centro derecha y/o derecha); marea negra (las extremas derechas, con todos sus matices). En ciertas situaciones puede producirse un solapamiento de mareas, como en el caso de las recientes elecciones en Brasil, en la cuales el PT (marea rosa) se alió con fuerzas de derecha (marea gris) para poder detener la renovación del mandato de Jair Bolsonaro (marea negra).

Si se mira la coyuntura (o la situación) de estas dos décadas, una media duración, solapándola con la larga duración, la manera correcta de explicar aquella, me parece que hay dos grandes cuestiones-problemas: la de la

democracia, sobre la que se reflexiona, escribe y habla menos que veinte años atrás, y la del capitalismo, sobre la cual se escribe poco y se reflexiona menos aún, más allá de la necesidad de pensar la articulación, cuando no la desarticulación, entre una y otro, cuestión que está al margen, si no ausente, de la agenda actualmente dominante en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas.

En los últimos treinta años hemos perdido la capacidad de pensar la totalidad y, con ella, la de la heterogeneidad estructural de América Latina. Hoy abrumba la multiplicidad de temas y problemas que aborda el mundo académico, multiplicidad que da cuenta de la cantidad de cuestiones que han surgido en las sociedades coetáneas (género, cambio climático, migraciones, multiculturalidad, avance de las derechas y una larga ristra de etc.).[2] Por cierto, está muy bien que así sea, que hayamos podido detectar problemas y/o cuestiones nuevas o antiguas no registradas, El punto es que, por lo general, se analizan, describen y en algunos casos incluso se explican, agotándolas en sí mismas, sin considerarlas como parte de un todo, es decir de la totalidad.

Dentro de la pérdida de densidad de las ciencias sociales latinoamericanas se destaca la renuncia por una demasiada amplia parte de la cofradía, a la epistemología, los conceptos, las categorías analíticas y la teoría, cuatro insumos imprescindibles para hacer ciencia.[3] La consecuencia es la preponderancia de descripciones y la ausencia generalizada de explicaciones, que, bueno es tenerlo presente, es distinta de la interpretación. Las buenas descripciones responden a cuatro preguntas fundamentales: ¿qué?, ¿dónde?, ¿cuándo? y ¿cómo? El cómo es el núcleo duro de toda descripción que se precie de buena y, como escribió Agnes Heller -en Teoría de la historia, pág. 126- no se comprende sin el “por qué”. Las descripciones y las interpretaciones, por muy buenas que sean, no son ni serán explicaciones y, por tanto, aportes científicos, si no responden una quinta pregunta: ¿por qué? Se trata del abc del trabajo científico y resulta fastidioso (aunque bien necesario) tener que recordar algo tan elemental. O, dicho de otra manera, porque lo obvio no es necesariamente lo trivial.

En mi doble formación como historiador y sociólogo tuve la fortuna de aprender claves para el ejercicio del oficio de algunos textos que de tanto en tanto releo, sea para recordar proposiciones o bien para descubrir nuevas vías. Así, puedo citar los trabajos de algunos grandes historiadores protagonistas de la formidable renovación de la disciplina en el siglo pasado.[4] Así, por ejemplo, Marc Bloch, Fernand Braudel y Lucien Febvre nos dejaron unas reflexiones y propuestas que no son sólo válidas para historiadores -los y las de hoy las han olvidado, o renegado o no las conocen-, sino para todo científico social. Me refiero a tres textos fundamentales: *Apologie pour l’Histoire ou Métier d’Historien?* (1949, que en castellano se conoció, en la edición del Fondo de Cultura Económica, de México, con el anodino, insulso título de *Introducción a la Historia*[5]); *La Historia y las Ciencias Sociales* (una compilación en castellano de seis artículos originalmente en francés, publicada por Alianza, Madrid, en 1968), y *Combats pour l’histoire* (1953, en francés,

1970 la primera edición en castellano -incompleta-, por Ariel, Barcelona), de Bloch, Braudel y Febvre, respectivamente. En los tres -que han tenido varias reediciones, amén de estar accesibles en Internet- hay sugerentes reflexiones sobre el tiempo -esa coordenada fundamental de los estudios históricos, junto al espacio, generalmente no aprehendido cabalmente y que no pocos confunden con cronología) y que bien pueden leerse en diálogo entre sí y con gran texto de esos años, *Tiempo, realidad social y conocimiento*, de nuestro Sergio Bagú (Siglo XXI, 1970). En la misma línea reflexionaba el británico Edward H. Carr, el gran historiador de la Revolución Rusa, en *What is History?* (1961, publicada en castellano, como *¿Qué es la Historia?*, originariamente por Seix Barral, Barcelona, y luego por Ariel), cuyas reflexiones sobre el oficio de historiador son muy próximas a las de Bloch.

Podemos imaginar un panel virtual de esos cinco grandes exponiendo sus respectivos argumentos y luego debatiendo sobre sus coincidencias y sus diferencias. Créanme que es un ejercicio más que interesante y enriquecedor.

Cierro la digresión de carácter personal para dar cuenta de otros autores que fueron fundamentales en mi formación inicial: Henri Lefebvre, Lucien Goldmann, Adam Schaff y Max Weber, autor clásico éste que me interesó en dos direcciones: una, la de su pasaje de historiador a sociólogo o, mejor dicho, sociólogo histórico (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo* -que conocí en 5º año del bachillerato-, *Historia Económica General, Economía y sociedad*), la otra, la del diálogo imaginario con Karl Marx, ambos situados en el campo que hoy llamamos sociología histórica, y que leídos ambos sin pre conceptos, ni prejuicios se nos revelan, sin dejar de ser diferentes, menos excluyentes de lo habitualmente considerado. Por supuesto, Karl Marx y Antonio Gramsci, al que tuve la fortuna de conocer (su obra, claro) tempranamente.

Vuelvo al quinteto. Las formidables, incitantes hipótesis y proposiciones de Giovanni Arrighi e Immanuel Wallerstein para explicar el capitalismo y su expansión a escala planetaria, deben mucho a la obra de Fernand Braudel, un entusiasta luchador por considerar a la Historia una ciencia social, bregando en particular por su articulación con la Economía, la Geografía y, sobre todo, la Sociología. La aprehensión de la temporalidad histórica que propuso Braudel -las conocidas tres duraciones; acontecimiento, coyuntura, estructura, o, si se prefiere, corta, media y larga- que bien puede articularse con su propuesta de tres “capas geológicas”, correspondientes a las estructuras económicas, sociales y mentales (las mentalidades llevan a un diálogo con Febvre). En mi caso, poder articular las proposiciones de Braudel con las de Gramsci para analizar las coyunturas (situaciones, prefería decir a veces el gran sardo) a la luz de las estructuras, o, si se prefiere, la corta y la media duración por la larga. Señalo esta proposición metodológica porque observo que buena parte -si no la mayoría- de los análisis de coyuntura que pueden leerse hoy se agotan en una temporalidad reducida -semanas, meses, poquísimos años-, lejos de la proposición braudeliana sobre el tiempo medio, y completamente desconectados de la larga duración. En contra

de esta concepción y práctica esterilizante sigo reivindicando a los autores clásicos citados.

Esta posición me ha valido alguna vez el reproche de ciertos colegas, cuya “densidad” se reducía a “eso es de tu época, ya fue”. No deja de ser interesante reflexionar sobre esta formulación, propia de mentalidades oxidadas. Las usuales expresiones “en mi época”, “en tu época”, “en nuestra época”, “en la época de ustedes”, sea que la referencia tenga carácter individual o más o menos colectivo, remite siempre al pasado, a lo que fue y ya no es. Me permito disentir: no existe una “mi época” única, menos aún que se encuentra en el pasado. Puede decirse, con Agnes Heller, que hay “época(s) presente(s) pasadas”, de donde sostengo que “mi época” es una sucesión de épocas, una “mi época” continua, permanente, al menos mientras viva. En mi caso, “mi época” es la de los cincuenta, los sesenta, los ochenta, los noventa del siglo pasado y las dos y fracción que van del XXI, es decir, un tiempo que fluye, no estancado, desde que tengo uso de razón.

El tiempo y, más aún, la temporalidad se han esfumado en la mayoría de los actuales análisis que se dicen de ciencias sociales. En el libro de Marc Bloch hay estimulantes observaciones respecto del pasado y del presente. Retengo sólo una, que remite a mi observación precedente sobre el análisis de coyuntura: “La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado” (1996; 155).

Cierro esta breve contribución celebratoria de los primeros veinte años de nuestra revista y de este borrador de análisis sobre las ciencias sociales de hoy, con unas acotaciones sobre la necesidad de la teoría, cada vez más necesaria, valga la redundancia. Hay mucha teoría obsoleta y/o inútil, hay teorías que no explican suficientemente el todo actual, hay aportes teóricos nuevos, algunos relevantes, otros descartables, hay teorías clásicas que siguen vigentes en capacidad explicativa y a las cuales hay que añadir la reflexión sobre las profundas transformaciones que ha experimentado el capitalismo en las últimas décadas. ¿Alguien cree que no es necesario añadir a teorías clásicas -como la de Marx, para decirlo sin eufemismo- considerar creativa, innovadoramente las profundas transformaciones en la estructura social, en la vida social, en las mentalidades, en las subjetividades, en la relación con el medio ambiente, etc., que está produciendo el llamado “capitalismo digital”? ¿En que medida, cuánto y como la expansión del teletrabajo modifica el accionar de la clase obrera? En tiempos en que se expande el poliamor, ¿se puede seguir pensando en la familia victoriana? Para explicar todo eso y mucho más es que necesitamos imprescindible, imperativamente de la teoría, que no sólo se nutre de conceptos y de categorías -sean descriptivas o analíticas-, sino también, tal vez en primer lugar, de ideas.

A propósito de ellas, señalo que la pandemia me llevó a releer algunos textos fundamentales en mi formación. En uno de ellos encuentra una actualidad formidable, preocupante, porque da cuenta de un retroceso monumental, en este caso de la historiografía, pero extensible otras ciencias sociales. Releo a Lucien Febvre y me parece que está escribiendo sobre esa disciplina y sus practicantes de nuestros días, no de los de

un siglo, poco más, poco menos, atrás. Le pregunté su opinión sobre la teoría y me respondió recordándome con convicción lo que ya me había contestado décadas atrás. En primer lugar, aludió a la necesidad de plantearse problemas y formular hipótesis, porque si el investigador o investigadora no lo hace “está atrasado con respecto al último de nuestros campesinos”. Para ello, añade, son necesarias hipótesis, programas de investigación, teorías, pues “sin teoría previa, sin teoría preconcebida no hay trabajo científico posible”. Ella, la teoría, “responde a nuestra necesidad de comprender (...) El hombre es para la historia [Febvre estaba combatiendo contra la que llamaba historia historizante, pero no falseo su argumento si digo las ciencias sociales] lo que la roca para el mineralogista, el animal para el biólogo, las estrellas para el astrofísico: algo que hay que explicar. Que hay que atender. Y por tanto, que hay que pensar”. Pensar requiere ideas, enfatizaba Febvre (Combates por la historia, Ariel: Barcelona, 1992: 44 y 179).

El diálogo con Febvre se enriquece cuando se suma Agnes Heller para recordar, enfatizando, que “[u]na teoría social es siempre búsqueda de significado. (...) La búsqueda de significado no presupone un significado inherente; por eso se trata de una búsqueda” (Teoría de la historia, México DF: Fontanara, 1984: 146; itálicas de la autora). Vale decir, es la teoría la que proporciona el significado (p. 129).

Por último -lo sostengo a partir de mi experiencia como evaluador de proyectos de investigación y de tesis de posgrado- no es trivial recordar que el conocimiento científico se construye a partir de la formulación de buenas preguntas, seguida de, al menos, una hipótesis, sin la cual no hay ni puede haber ciencia. Elemental, Watson...

Notas

- [1] Véase la nota periodística al respecto, “Al diskette”, en Página/12, 28 de julio de 1993, p. 25.
- [2] Una lectura rápida de las mesas y ponencias de los congresos, jornadas y similares de las distintas disciplinas, ilustra muy bien al respecto, sea en las escalas de cada país o mundial. El caso de los congresos de la Asociación Internacional de Sociología es, en esta última escala, muy revelador. En aquellos y en éstos abruma la cantidad de temas (muchos) y de problemas (menos). Dicho sea de paso, la AIS (ISA en sus siglas en inglés), tiene setenta y tres años de vida y ha tenido diecinueve presidentes, de los cuales sólo uno fue latinoamericano: Fernando Henrique Cardoso (1982-1986).
- [3] En una línea de reflexión similar se encuentra el excelente artículo de Daniel Feierstein, “El sentido de los conceptos: Debates sobre la nominación de los hechos ocurridos en la última dictadura militar argentina”, publicado en el vol. 20, nro. 80 (julio-septiembre 2022) de e-I@tina. El artículo se centra en la producción dedicada a la historia actual o presente de Argentina, pero el argumento es extensible a la totalidad de las ciencias sociales tal como se las practica hoy.
- [4] En Occidente, al menos, la radical transformación de la historiografía en una disciplina genuinamente ciencia social tuvo dos grandes pilares: la llamada “escuela de los Annales”, en y desde Francia, y la Historia Social marxista británica.
- [5] Quienes tengan interés por este libro deberían preferir la edición crítica preparada por Étienne Bloch, hijo de Marc, editada en Francia en 1993 y

en castellano en 1996, recuperando ésta el título original: Apología para la historia o el oficio de historiador, Fondo de Cultura Económica, México DF.

- <https://www.redalyc.org/>
- <https://www.doaj.org/>
- <https://miar.ub.edu/issn/1666-9606>
- <https://revistaslatinoamericanas.org/>
- <http://www.caicyt-conicet.gov.ar/micrositios/latindexar/>
- <http://www.biblioteca.clacso.edu.ar/colecciones/saladelectura/index.php>
- <https://www.redib.org/>
- <https://www.flacso.org.ar/latinrev/>